UN CULTO DE PODER

DAVID LAGUNA ARIAS

La **Iglesia Evangélica de Filadelfia**, nombre que toma de una de las siete Iglesias de Cristo según reza el Apocalipsis, es una iglesia pentecostal y constituye una de las últimas surgidas dentro del amplio espectro de los denominados "movimientos de regeneración espiritual o de renovación religiosa". Sus objetivos se dirigen hacia las masas desarraigadas y débilmente evangelizadas, lo cual explica su notable éxito entre sus gitanos, desde que el pastor **Clement Le Cossec**, como Moisés, recibiera la "llamada de Dios" en la vecina Francia allá por 1950.

Las raíces del fenómeno

Habría que remontarse hasta finales del medioevo para descubrir las raíces del fenómeno: tal como señala **Michel Foucault** ("Genealogía del racismo". La Piqueta), frente al discurso histórico-político de los romanos que autoperpetuaba el poder reinante encarnado en el rey, glorificándolo a través de las genealogías (entroncándolo con un héroe mítico de la Antigüedad) y la memorización (los anales y crónicas históricas) aparece de forma rupturista y profética el discurso de los que no poseen la gloria, de los olvidados y los vencidos, que remite a la historia mítico-religiosa de los hebreos, contraponiendo la Jerusalén bíblica a la civilización reinante, la Nueva Babilonia o la Roma eterna, tipo de ciudad hostil a Dios, de tal forma que se aguarda a la tierra prometida y al retorno de los antiguos derechos y la gloria perdida.

De este modo, continúa Foucault, la Biblia se convierte "en el arma de la miseria y de la insurrección (...) la palabra que subleva a la gente contra la bella gloria de la Iglesia" (p.80)

Con el impulso de la Reforma se observa en el fenómeno religioso una marcada tendencia hacia el irracionalismo y el sentimentalismo, tal como se aprecia en el Pentencostalismo, movimiento extático-carismático, de "efervescencia religiosa" como diría **Mary Douglas** ("Pureza y Peligro". Siglo XXI), en el cual, se acentúa la participación en los carismas del Espíritu (don de lenguas, profecías, sanación, milagros, etc.) tal como ocurrió entre los apóstoles el día de Pentecostés.

La "llamada de Dios", el bautismo o derrame del Espíritu Santo, signo de la presencia palpable de la divinidad en la comunidad, se produce en cualquier lugar y hora del día o de la noche, y se manifiesta en trances, espasmos o don de lenguas. Tal experiencia mística, dotada de un realismo único para el receptor, constituye, así, el encuentro entre Dios (el promotor que concede la gracia gratuitamente) y el alma humana, la cual,

ingresa a renglón seguido en el camino de la Verdad.

Los cánones del sectarismo

Ciertamente, podemos conjeturar con determinados autores que todos los movimientos religiosos realmente originales inician su andadura dentro de los cánones del sectarismo. Valga como primer ejemplo, el hecho de que el cristianismo primitivo prendiera en aquellos que no esperaban nada de su época, o que la Iglesia Católica del siglo XIX en Estados Unidos fuera minoritaria y se implantase entre las clases más depauperadas (básicamente inmigrados), manteniéndose, en ambos casos, una postura defensiva y militante, rigorista en lo moral y apartamento en lo social, tal como señala **Niebuhr**: "Sectas y Cultos" en Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales).

La expansión de los fenómenos religiosos

La verdadera explosión del fenómeno devocional y numinoso se produciría a finales de los 60 y principios de los 70: según afirma **Alberto Cardin** ("Movimientos religiosos modernos". Salvat) el fracaso de las revueltas estudiantiles, la estúpida guerra de Vietnam, el frustrante final de la Revolución china y la definitiva rusificación de Cuba, abocaría al individuo a una disyuntiva: o volver hacia la política liberal tradicional conformándose con una convivencia mediocre pero libre de horrores, o bien, ingresar en sectas religiosas o cofradías místico-ascéticas reducidas, optando así por la vía introspectiva y mística, bajo la obediencia de un maestro.

Es así como en Estados Unidos se multiplican y toleran todo tipo de fenómenos religiosos, mientras en Europa, al contrario, cunde el escepticismo y no la sumisión a una iglesia. La predicación en España del pentecostalismo, traído del sur de Francia, se inicia en estos tiempos de ebullición y crisis: es este un proceso de "contagio" o mimetismo respecto de lo que se estaba cociendo en Occidente, en donde la penetración se efectúa por vía marginal o semiclandestina (el mundo gitano), eludiendo los filtros del poder franquista, tal como ocurría con los grupúsculos bienpensantes de la época.

Los Aleluyas

Desde este punto de vista, los filadelfianos (en su acepción común, Aleluyas), representarían a la religión de los desheredados, que coinciden, en no pocos casos, a nivel mundial, con grupos étnicos marginados por parte de la cultura dominante.

No son causas económicas las que empujan a la feligrasía hacia esta iglesia, ni tampoco las presiones aculturativas de la cultura paya, y, ni mucho menos adoptaríamos el enfoque marxista de un grupo de protesta y revolucionario de clase que se propone transformar la sociedad opresora (como señaló **Peter Worsley** para los cultos del cargamento en Melanesia), sino más bien, la causa pasaría por una paradoja ética irresoluble.

La frustración social

El desfase entre la vida deseable y la vida tal y como es, conduce inevitablemente a la frustración social. Cuando un individuo soporta mal la indefinición, la duda, está más predispuesto a aceptar

respuestas totales y de tipo maniqueo (**Rodríguez Carballeira** "El lavado de cerebro. Psicología de la persuasión coercitiva". Boixareu). Es, pues, ésta, señala A. Cardin (ibidem), "una de las más socorridas salidas en tiempos de crisis para la mayor parte de las civilizaciones urbanas" (p.9).

Quienes acuden al "Culto", ya sea por alimentar sus creencias, o por compensar una situación de frustración o debilidad, o bien, porque sea conveniente que los vean allí, encuentran esas respuestas de ultimidad que permiten superar las contradicciones de una realidad social no comprensible. Como apunta **C. Castoriadis** (Archipiélago nª 4) "**mientras en la sociedad occidental reine un vacío total de significación y se coloquen en el altar de los valores únicamente al dinero, la notoriedad mediática y el poder, en el resto de sociedades se mantendrán e incluso ganarán potencia las significaciones religiosas**".

Pero uno de los datos que quizás escapen a la conciencia, es el hecho de que estaríamos asistiendo desde tiempo atrás, a una resistencia de ciertos sectores del pueblo gitano a perder el control simbólico, entre ellos, el control sobre las representaciones colectivas de los individuos, y por ende, el poder de influencia sobre ellos: los símbolos religiosos constituyen una fuente de poder susceptible de ser manipulada a fin de conservar y reafirmar los sentimientos colectivos, proporcionando unidad y personalidad (**E. Durkneim** "Las formas elementales de la vida religiosa". Akal), a cambio de sumisión. Desde el siglo XVIII, ese papel fue asignado a la Ciencia y a la Razón. En Occidente, el pensamiento se había propuesto eliminar el sentimiento y las creencias divinas para que surgiera un nombre nuevo, libre, racional y crítico. Pero esta solución ilustrada ha resultado no ser más que un bello ideal que no se da en la práctica, al contrario, la superespecialización científica y los horrores de la Técnica, han convertido a la Ciencia en un ente cada vez más extraño y peligroso: el individuo se ha quedado indefenso ante un entorno tecnológico creado por el capitalismo como segunda naturaleza que no ha conseguido satisfacer las necesidades humanas por encima de las estrictamente materiales.

Una solución real

La religión, en cambio, se ha constituido como solución real, postulando como verdades no hipotéticas unas realidades más amplias que corrigen y completan las realidades de la vida cotidiana (**Clifford Geortz** "La interpretación de las culturas". Gedisa) Ya no vale escuchar las dudas de los filósofos sino las verdades eternas. La Iglesia (y el Estado) habría creado esa ilusión para hacer felices a los hombres, proporcionando esa seguridad personal dentro de una comunidad de culto deseada.

Sea el culto a la religión o el culto a la religión del Estado, de lo que se trataría es de cambiar la ideosincrasia privada en un normalismo público. Como sugiere **Thomas Szasz** (El viejo topo nº 70) "cuanto más necesitada está una persona -si es pobre, enferma, amenazada o sin cultura- tanto más fácilmente cae en los cantos de sirena de los demagogos, sean éstos mercaderes, médicos, curas o políticos".

La "normalidad" que pretenden establecer los Aleluyas es la de los Valores cristianos, enfrente de los valores egoístas e insolidarios del capitalismo reinante, el cual, sólo tiene en cuenta los valores positivos (libertad, igualdad, fraternidad) en función de si

le interesa o no en determinados momentos, impidiendo así que se conviertan en estructurantes y éticos. Valores cristianos, de los cuales es Jesucristo la fuente, como la bondad, la mandedumbre, la sencillez, la austeridad y la pobreza, la contemplación, la confianza en Dios, la esperanza, la plegaria, etc. que, como señala el teólogo **J.M. Rovira Belloso** (El Ciervo nº 500) constituyen la base de la vida justa, salvada del mal del mundo, la famosa vida feliz buscada por los filósofos y los santos. Así también, la recuperación de otros valores éticos y humanos, como por ejemplo, el cuidado del cuerpo y el espíritu (no a las drogas, el tabaco y el alcohol), que no son extraños a nuestro sistema social: la moda del ecologismo, el cuerpo saludable y musculoso, el pacifismo, entre otros, nacidos de los residuos de las sectas y grupos religiosos de finales de los setenta, y que constituyen una "nueva religión" más realista y conciliada con el entorno político-social.

Un culto propio

Los pentecostales, en concreto, en oposición a las "iglesias establecidas" (aquellas que gozan del suficiente reconocimiento y legitimidad del Estado o la masa de súbditos), se otorgan una doctrina, una organización y un culto propio. A grandes rasgos, los caracteres de este tipo de secta son el rechazo de la organización jerárquica y sacerdotal (la condición de pastor se adquiere a través de las cualidades carismático-competitivas de las "ovejas" y "candidatos"-los novicios-), el rechazo del pautismo de los niños y la aceptación del pautismo en la edad adulta como acto consciente y voluntario, el culto basado exclusivamente en la Biblia, la importancia concedida a la inspiración interior, la oposición al mundo por considerarlo el lugar de Satán, la tensión escatológica en espera de la segunda venida de Cristo, o la iconoclastia (rechazo de imágenes). Respecto a ésto último, se cree que la gracia se gana por la fe personal y la rectitud ética hasta convertirse en "santos". Y en este sentido, es habitual observar en sus ritos la práctica de la confesión pública, el arrepentimiento, cuyo fin es, por un lado, "mostrar" la eficacia salvadora de la Iglesia con lo que se acrecenta su prestigio, y por otro, producir una purificación aliviadora centro de un clima fuertemente emocional.

El mal del mundo

Un breve comentario acerca del mal del mundo. La idea de la civilización como creadora de desasosiego y malestar, en la que sólo la religión o el mito ponían remedio mediante una promesa de felicidad y reposo ya es conocida en **Sigmund Freud**. El Culto imperial romano entre los cristianos también era simbolizado como el maligno (Nerón es la "Bestia" que aparece en el Apocalipsis). La delimitación de un bien y un mal constituye una estrategia muy común para cualquier sociedad a fin de aglutinar y conesionar una población heterogénea. Ya sea el refugio en el Estado comunitario o en lo religioso, los súbditos se liberan de toda culpa, ellos son los buenos porque saben quienes son los malos. Algo parecido ocurre entre payos y gitanos: los payos necesitan sentirse buenos mediante la imagen del gitano condenable.

El papel jugado por el Pastor en este proceso de "resocialización" del individuo desamparado resulta decisivo. Su tarea es, ante todo, altruista: hay que

salvar a los demás también. A su persona pasan los problemas de la feligresía, y a través de él a Dios, de quien se espera que los resuelva. Desde una perspectiva estructuralista, el Pastor actuaría de equilibrador social (**Lévi-Strauss** "Antropología Estructural". Eudeba), al igual que el hecichero o el chamán de las sociedades primitivas: calmaría ansiedades, justificaría anomalías, canalizaría los deseos y pasiones hacia la comunidad, en suma, haría que el individuo se sintiera querido y protegido.

Una oratoria contundente

Todo rito, y en mayor medida si es sagrado, siempre conlleva algo de simulación, de teatralidad, de dramatización. En este sentido, los prodigios que realiza el Pastor en la Iglesia sirven para provocar la fe en Cristo, son el indicador de verdad de la doctrina. El lenguaje empleado en el púlpito es dogmático, la oratoria contundente y repetitiva (palabras "talismán", consignan, estereotipos, etc.), los intermedios son cubiertos por una sobrecarga sensorial (cantos y músicas, oraciones en voz alta o para los adentros), el tiempo transcurre sin que el fiel pueda controlarlo, se recurre al sentido del humor como contrapeso al tenso ambiente emocional, en fin, la atención es continuamente requerida como medio para concentrar al fiel en el mensaje. Este, habitualmente, se compone de metáforas bíblicas, presentadas como analogías del mundo moderno, lo cual no resulta muy diferente de la liturgia católica. Sin embargo, el Pastor persiste, no ya en la instrucción de Dios a través de la Palabra, sino más profundamente en la comunicación con él, cuya presencia real en el Culto se siente y se vive. En el momento que aparezca el trance, éste se vive con gozo y placer pero sus excesos deben ser reprimidos, pues la autoridad la posee el Pastor: él debe controlar la multiplicidad de visiones de las "ovejas". Incluso, puede contar con un "profeta" oficial.

Nos encontraríamos, así, frente a un típico fenómeno de regeneración espiritual que cumpliría las tres características básicas que **A. Cardin** ("Lo próximo y lo ajeno". Icaria) enuncia: el Apocalipsis (esperanza del pueblo perseguido y desatendido) y el Mesianismo (la venida de Cristo para salvar al mundo de Satán); la pureza doctrinal (utilización de una Biblia "depurada"); y, la vuelta a "la pureza de los orígenes" (el retorno al espíritu cristiano primitivo).

Y como apunta el mismo autor, sería justo reconocer que, en el fondo, lo único en que se diferencia la Iglesia Filadelfiana de la Iglesia oficial predominante es en ser más minoritaria, más reciente y de menor prestigio. Continúa señalando que la tradicional Europa, en contraste con Estados Unidos, se ha preocupado poco por el tema religioso, en favor de lo político: su experiencia en sectas ha sido pobre pues la organización social y familiar siempre se ha regido por una estructura rígida. Asimismo, la hostilidad hacia los Aleluyas proviene, en parte, de ser una iglesia "extranjera" (el protestantismo del Norte), en contraste con la Iglesia establecida, la católica, que goza de legitimación social, meidos financieros y poderoso apoyo institucional, además de la respetabilidad de una masa importante de fieles.

Un terreno ambiguo

Los Aleluyas, estarían situados en un terreno ambiguo: desde el poder payo, se les contemplaría con prudencia, al mismo tiempo que desde la Iglesia católica se tomaría nota de sus éxitos en estos tiem-

pos de crisis; desde el ámbito gitano, por un lado, se les reconoce tácitamente por su poder de influencia y gozan de gran aceptación entre una masa considerable de seguidores, pero no es menos cierto que cuenta con grandes detractores, en especial, entre los sectores más aculturados y progresistas.

El problema de llamarles "Iglesia" o "secta" no tiene relevancia, da igual, todo depende del ámbito en el que nos situemos y que remite, al fin y al cabo, a un conflicto de competencias, legales, institucionales e ideológicas tal como señala A. Cardin.

El miedo a la libertad

Como apuntan **E. Fromm** ("El miedo a la libertad". Paldós), **N. Chomsky** (Archipiélago nº 9), y, el citado **A. Cardin**, el sentido profundo de este transvase hacia lo religioso, radica en el "miedo a la libertad": es más insufrible para el individuo tener plena libertad para elegir en este marasmo de significaciones confusas que estar encuadrado en el orden social por medio de esa comunidad de culto soñaca, en donde los estímulos y elecciones son arenadas hacia el grupo en cuestión, construyendo, eso sí, una pantalla de significaciones que pueden ir en detrimento de una sólida formación crítica y autónoma del individuo (que suele aparecer tras constatar que la experiencia se ha agotado, pero, al menos, ha servido para salir del atolladero previo).

Podemos preguntarnos, y yo desde mi perspectiva como payo, cuáles han sido las causas del éxito de los Aleluyas entre los gitanos, después de todo lo apuntado hasta aquí. Para **J.L. Anta Félez** ("Donde la pobreza es marginación". Humanidades) existen dos de fundamentales: primera, el fracaso de las organizaciones oficiales (Cáritas y otras) que han atendido más a la planificación que no a la intervención; segunda, la participación activa de la comunidad en el culto (cantes flamencos, pastores gitanos, etc.), lo cual lo tornaría más atractivo como marca "gitana", así como, la intervención directa del pastor en la problemática social.

El gran error de la iglesia católica

Respecto del primer punto, tal como sugiere **J.M. Rovira Belloso** (ibidem), decir que el gran error que ha cometido la Iglesia Católica, a nivel tanto de payos como de gitanos, ha sido el de no haber sabido hacer creíbles los valores cristianos. En un mundo tan pragmático y económico como el nuestro, todo valor que no pueda ser experimentado como útil y placentero es puesto en suspenso. La no evidencia sensible de los valores cristianos es lo que los ha desacreditado. En este sentido, el mérito de lo Aleluyas es haber conseguido que esos valores hayan entrado por los sentidos, siendo poseídos de modo inmediato como algo bueno (que más materialista que ésto).

En referencia al segundo, es claro que el gitano ha podido tomar iniciativas, dentro de un marco limitado por los principios de la iglesia, con lo que la sensación de realización personal aumenta. Muchos padres piensan que es mejor que sus hijos vayan al culto antes de escoger la mala vida, incluso para los chicosla iglesia es un buen lugar para que encuentren pareja. Sin embargo, también es cierto que el papel del pastor despierta recelos pues subvierte la autoridad del padre de familia: hay quien no tolera que en su casa mande el pastor.

Lo que resulta más reprobable de los Aleluyas por parte del resto de los gitanos, sería el dogmatismo, y de ahí el fanatismo, de aquellos que creen haber descubierto un absoluto, lo cual, les hace rechazar otros esquemas de referencia para organizar y expresar su experiencia vital. De todas maneras, los Aleluyas constituyen un fenómeno sectario de lo más convencional y menos problemático: los individuos se unen a ellos por voluntad y autoconvencimiento propios, ya sea por curiosidad, por mimetismo (porque los amigos también van), para encontrar consuelo y paz, o por otras razones diversas. **Al contrario que las sectas totalitarias o el fundamentalismo, los Aleluyas no pretenden transformar el mundo, a pesar de que mantienen una postura de oposición hacia él, rechazando un compromiso con la sociedad y la cultura, sino de lo que se trata esde "salvar" a los demás prometiéndoles la gloria eterna, aguardando pasivamente a que el milenio llegue para así purificar eso que hay de podrido e injusto en la sociedad mundana.**

Espíritu militante

A diferencia de otros movimientos renovadores como el ecologismo y el naturismo o los pacifistas, también de carácter religioso, los Aleluyas no se hanadaptado al mundo ("estamos en este mundo pero no somos de este mundo" repiten continuamente, sino que han seguido con su espírituo militante y de apartamiento en los social, son, por decirlo con otras palabras, anti-pactistas.

Ese cierto poder que han adquirido ha sido lo suficientemente atrayente para que ciertos "tíos" se hayan arrimado a ellos, redoblando y sacralizando así su tradicional autoridad. El culto ha podido unir (aunque sea de forma metafísica) a individuos que en la vída cotidiana no se relacionaban o no "debían" relacionarse, y ha recuperado a toxicómanos. Ese poder que fascina, que conlleva peligro por su magnitud (es Dios quien lo sanciona), es interesante para aquel cuya labor consiste en incluir y persuadir a la comunidad gitana, actuando muchas veces como portavoz intra e inter-étnico.

En definitiva, los Aleluyas ofertan, en un mundo en el que todo se compra y se vende, como en un hipermercado, una esperanza optimista (y no cabe duda, que toda esperanza posee un valor terapéutico, de cura) por medio de un futuro indealizado, constituye éste, uno de tantos intentos para dar sentido a la vida, que, por definición, muestra un déficit perenne de "sentido".

I TCHATCHIPEN

Publicación trimestral de investigación gitana.

Difundirla es contribuir a la divulgación de la realidad gitana en España y en el mundo